

De la ciega voluntad de progreso

The blind will of progress

Braulio Hornedo Rocha

Resumen: El progreso cuyo velado fin es la decadencia y el auto exterminio expresado como mercado global y gobierno mundial, así como la decadencia moral cuyo fin es el progreso expresado en la acumulación material de bienes y la concentración de servicios inútiles, parecieran entonces ser las dos caras de la moneda del mito progresista. Las caras de la confianza en el avanzar del saber-hacer para dominar la naturaleza como amos del mundo. Pero quizá exista otra cara, la cara de la crítica al progreso que señala las desastrosas consecuencias de la ciega fe en el progreso, fe que sólo beneficia a los poderosos. Pero estas reflexiones nos previenen también que no es con el crecimiento de la inversión y el empleo, ni con el fortalecimiento de un mercado global controlado por las corporaciones transnacionales, ni con el gigantismo burocrático del Estado, como lograremos conformar una conversación intercultural para una convivencialidad pacífica que cultive el respeto y autonomía de las culturas y naciones, el apoyo mutuo y el fruto de la libertad creadora de la diversidad multicultural.

Palabras claves: Progreso, desarrollo económico, pobreza, filosofía.

Abstract: The progress, whose occult aim is decadence and self-extermination expressed like global market and world-wide government, as well as the moral decadence whose aim is the progress expressed in the material accumulation of goods and concentration of useless services, seemed then to be the two coin faces of the progress myth. The faces of the confidence in advancing our know-and-do to dominate the nature, like masters of the world. Perhaps another face exists: The face of the critic to the progress that points out the disastrous consequences of the blind faith in progress, faith that only benefits the powerful ones. But these reflections also prevent us that it is not with the growth of investment and employment, neither with the fortification of a global market controlled by transnational corporations, nor with the bureaucratic gigantism of State, as we manage to conform an intercultural conversation for a pacific conviviality that cultivates respect and autonomy for cultures and nations, the mutual support and the fruit of the creative freedom of the multicultural diversity.

Key words: Progress, economic development, poverty, philosophy.

I. Del “Progreso” milenario a la moderna fe en el progreso

La idea del progreso se encuentra profundamente enraizada en los meandros de al menos tres mil años de historia de la Cultura Occidental, (grecorromana y judeocristiana, eurocentrista e imperialista, racionalista, científicista y escolarizada). Este criterio de antigüedad dista mucho de ser unánime entre los estudiosos del tema, ya que por ejemplo: John Bury entre otros autores, niega la existencia de la idea del progreso en la Antigüedad Clásica, la Edad Media e incluso el Renacimiento, ubicando sus orígenes en la época Moderna (Bury, 1971: 78), mientras que otros, como Robert Nisbet, señalan los orígenes y evolución de la noción de progreso desde Homero y Hesíodo, pasando por Tales, Demócrito, Pitágoras, Heráclito, Parménides, Jenófanes, Protágoras, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Sócrates, Platón y Aristóteles entre algunos de sus precursores reconocidos (Nisbet, 1991: 27).

De Jenófanes a Protágoras, como de prácticamente todos los pensadores del periodo presocrático (quizá sólo con la excepción de los más antiguos Homero y Hesíodo), solamente conocemos fragmentos, y estos aún en muchas ocasiones, como crónicas o referencias indirectas de terceros.

Me inclino por la postura de que la noción de progreso germina ya desde los orígenes de la antigüedad clásica, pues encuentro que además de los argumentos históricos, filosóficos y mitológicos esgrimidos por los autores que comparten esta posición, la idea del progreso se encuentra ligada a rasgos psicológicos profundos, connaturales e intrínsecos en la humanidad desde prácticamente nuestros orígenes culturales; pues la ambición de saber y la voluntad de poder son conductas generadoras de sendas prácticas constituyentes

de los factores decisivos en la construcción histórica de la noción de progreso.

En *La Odisea* de Homero, al describirse a los cíclopes, se les pinta como seres carentes de toda cultura, viviendo en un estado primitivo y desconocedores de la agricultura (que para entonces llevaría al menos siete mil años de evolución histórica). Los cíclopes “ni siembran ni siegan” dice Homero, lo que nos revela una clara visión de evolución en la propia sociedad griega. Recordemos con atención que el origen mismo de los relatos homéricos es el resultado de al menos, cuatro o cinco centurias precedentes de tradición oral.

Pero es en Hesíodo (finales del siglo VIII a.C.) donde encontramos variados elementos que hablan de una concepción lineal evolutiva en orden descendente y ascendente, de auge y decadencia de la idea de progreso, como señalé previamente.

La *Teogonía* es una de las primeras obras poéticas de la cultura griega que viene a ser como el Génesis del Antiguo Testamento Hebreo, pero ubicada en la posterior mitología griega. En ella se narra el origen del cielo, la tierra y el océano, así como el linaje de los dioses, semidioses y héroes de la mitología griega, conservada y difundida hasta entonces por medios orales.

La *Teogonía* sirvió para fundamentar una tradición mitológica y filosófica que se consolida en el siglo V a. C., pero que permanece casi mil años a través de los autores latinos hasta aproximadamente el siglo V de nuestra era. A diferencia de los textos homéricos, la *Teogonía* está escrita para ser leída como una verdad revelada, como una revelación hecha al autor por las Musas del Monte Helicón; historias que forman la primera parte del libro. Los relatos de la *Teogonía* parecen escritos como una respuesta a la excesiva humanización de los dioses que se manifiesta en la precedente tradición homérica.

En *Los trabajos y los días*, obra posterior de Hesíodo, se explica la instauración divina del trabajo humano, dentro de un marco conceptual en el cual lo divino es entendido como lo fundador de la realidad cotidiana, pero sólo en la medida en que su presencia y realidad se verifican cada día en el acaecer del mundo.

En ambas obras se hace referencia al mito del astuto Prometeo, quien roba el fuego a los dioses para entregarlo a los hombres, desencadenando con esto, el progreso que se define como la evolución hacia estadios de mayor dominio sobre la naturaleza y armonía entre los hombres, evolución que pueden alcanzarse por medio del saber.

Los dioses nos habían ocultado a los hombres el sustento de la vida; pues, de otro modo, durante un solo día trabajaríamos lo suficiente para todo el año, viviendo sin hacer nada. Al punto colgaríamos el arado y pararíamos el trabajo de los bueyes y de las mulas. Pero Zeus, ocultó este secreto, irritado en su corazón porque el rebelde Prometeo le había engañado. Por eso envió a los hombres males terribles, y escondió el fuego que el sagaz Prometeo robara en una caña hueca abierta para dárselo a los hombres, engañando así a Zeus y provocando su ira.

Entonces, Zeus que amontona las nubes dijo indignado: ¡Japetiónida! Más sagaz que ninguno, te alegras de haber hurtado el fuego y engañado a mi espíritu; pero eso constituirá una gran desdicha para ti, así como para los hombres futuros. A causa de ese fuego, les enviaré un mal del que quedarán encantados, y abrazarán su propio azote.

Habló así el Padre de los hombres y de los Dioses, y ordenó a Hefesto que mezclara la tierra con el agua y de la pasta formara una bella virgen semejante a las Diosas inmortales, y a la cual daría voz humana como de Diosa. Y ordenó a Atenea que le enseñara las tareas de las mujeres y a tejer la tela; y que Afrodita esparciera la gracia sobre su cabeza y le diera el áspero deseo y las inquietudes que enervan los miembros. Y ordenó al mensajero Hermes, matador de Argos, que le inspirara la impudicia y un ánimo falaz. Ordenó así, y los aludidos obedecieron al rey Zeus Cronión. Al punto, Hefesto, por orden de Zeus, modeló con tierra una imagen semejante a una virgen venerable; la

Diosa Atenea la de los ojos claros la vistió y la adornó; las Horas de hermosos cabellos la coronaron de flores primaverales; Palas Atenea le adornó todo el cuerpo; y el Mensajero matador de Argos, por orden de Zeus retumbante, le inspiró las mentiras, los halagos y las perfidias; y finalmente el Mensajero de los Dioses puso en ella la voz. Y Zeus llamó a esta mujer Pandora, porque todos los Dioses de las moradas olímpicas le dieron algún don, que se convirtiera en daño de los hombres que se alimentan de pan (<http://es.wikisource.org/wiki/Teogonía>).

Y desde entonces la mujer (como maligna encarnación del progreso) es el funesto pan nuestro de cada día, pérfida presencia de ese ineludible azote que pretendemos a toda costa mantener muy cerca de nosotros, aún a sabiendas de su bendito y pernicioso mal. A causa de ese fuego robado, dice el agraviado Zeus, “les enviaré un mal del que quedarán encantados, y abrazarán su propio azote”. Y vaya que nos encanta este bendito mal.

Y a la vuelta de casi tres milenios y en un periodo del movimiento pendular de la Historia nos encontramos encantados todavía con las consecuencias de ese hurto mitológico que transformó la posición de los hombres en el cosmos. Muchos de nosotros, en consecuencia de esta vieja tradición, nos abrazamos embelesados a los espejismos del progreso, aún ante la creciente evidencia de que el progreso nos conduce a esa fatal distinción de ser la primera especie con capacidad de auto exterminio.

La aparición de gobiernos que conforman estados totalitarios se encuentra ligada en sus orígenes (segunda mitad del siglo XIX) al reacomodo de los intereses del poder de los capitalistas (cuando estos eran todavía personas y familias concretas socialmente identificables). Hasta nuestros días en que el anonimato de los grupos de acumulación del capital, es uno más de los privilegios de los poderosos, quienes esconden sus identidades, pero nunca sus afanes de rapiña para reclutar a la población total del planeta en un mercado global de

consumidores adecuadamente escolarizados. La escuela se encarga de producir buenos y conformistas consumidores.

La lógica implacable de reproducción y acumulación del capital como fin supremo en los países industrializados propició las condiciones para la intromisión práctica de los intereses privados de los grandes capitalistas, en la formulación de las políticas públicas subordinadas a los intereses de la clase de los dueños de los medios de producción y muy claramente, tras las elecciones de 2012 en México, de los medios de comunicación masiva. Esta intromisión, a veces velada y encubierta (como en los regímenes democráticos), otras veces cínica y violenta, como en el fascismo, nazismo, estalinismo, se concretó a través de las políticas públicas de los gobiernos de los estados nacionales que conformaban la geografía política en los inicios del siglo XX.

La Gran Guerra Europea, mejor conocida como Primera Guerra Mundial, es la continuación de esas políticas públicas representantes de los intereses privados del capital vinculado al complejo militar industrial por medio de la planificación de la muerte masificada. Esto es, la guerra como uno de los mejores negocios para cumplir con el fin supremo del capitalismo a escala mundial. Para la lógica de acumulación del capital es conveniente producir, para ser destruido o desechado y volver a empezar produciendo una vez más lo destruido o desechable y así en un cuento de nunca acabar. De 1914 a 1918 los costos estimados en vidas humanas de este negocio fueron 1.8 millones de alemanes, 1.6 millones de franceses, 800,000 ingleses y cerca de 200,000 norteamericanos y canadienses. Costos indirectos por poco más de cuatro millones de refugiados y desplazados (Wikipedia). Ninguno de estos costos fue pagado por los capitales involucrados en las utilidades derivadas de la compra-venta, producción-destrucción, de la guerra

capitalista, las víctimas pagan los costos y todo se va directamente a la cuenta de utilidades. *In God we trust*.

La Segunda Guerra Mundial, en esta perspectiva, es el mejor negocio de todos los tiempos, pues mientras los costos en vidas humanas prácticamente se decuplicaron, las utilidades del complejo militar industrial al menos se centuplicaron. En otras palabras, se logra maximizar la función objetivo, o sea, maximizar la utilidad, minimizando al mismo tiempo los costos directos del capital y transfiriéndolos ladinamente a la sociedad con el eufemismo de *daños colaterales*. El negocio perfecto y la fórmula ideal de la programación matemática y la administración científica al servicio de los intereses de los poderosos. De este momento histórico proviene el advenimiento de la megamáquina, entidad constituida por la urdimbre de intereses del complejo militar industrial de capitales multinacionales. La triada de la megamáquina está constituida por: capital corporativo, ejército y corporaciones científicas académicas (Munford, 1967).

Con la paulatina aparición del más alto grado del terrorismo global se inicia una nueva época, la era nuclear. El poder derivado de las armas atómicas llevó al mundo entero a la amenaza de exterminio global de las culturas que habitamos en nuestra madre La Tierra. Durante los años de la llamada “guerra fría” la disputa por el control mundial entre el imperialismo norteamericano (el poder del capital) y el imperialismo ruso (el capital de poder de un estado autoritario y militarizado) tuvieron en sus esgarces bélicos al resto del mundo como sujeto de dominación hegemónica. Ante la amenaza del holocausto nuclear, todos los demás países deberíamos aceptar incondicionalmente la dominación por el terror de los poderosos en cualquiera de las dos esferas de influencia en que se viviera. Mercado global más amenaza de control nuclear totalitario es igual a globalitarismo.

Ya lo apuntaba el astuto líder revolucionario Vladimir Illich Lenin y lo demostró nuestro ocotepeño universal Iván Illich. En el estado globalitario con el que sueñan los poderosos, la aspiración a un mercado mundial de consumidores va de la mano con la “suspiración” por un estado de control totalitario, donde la privatización de lo “común” y la supresión de lo privado son inherentes a un modelo de progreso moderno, que pese a su decadencia y podredumbre manifiestas en su conducta ecocida, sigue teniendo partidarios entre esas “buenas conciencias” adecuadamente escolarizadas que aprendieron muy bien en la escuela a demandar empleos, mega tiendas y aeropuertos para pensar como ricos en el sueño guajiro del desarrollo sustentable, pero que la ideología dominante se encargó de conformarlos a vivir como pobres. Ironías propias de la “pus’moderna” servidumbre voluntaria. Los pobres aspiran a vivir como los ricos, pero se conforman en vivir como pobres de telenovela.

II. De la invención de América a la dominación imperialista

El proceso histórico que va desde la “invención” de América por los españoles y europeos de los siglos XV, XVI y XVII, a la dominación hegemónica del mundo occidental, desde finales de la segunda guerra mundial por los norteamericanos (descendientes de aquellos europeos), marca a partir de la segunda mitad del siglo XX una etapa de culminación de la voluntad de progreso y en una especie de mitosis se transforma en los sucedáneos mitos del desarrollo económico y urbano, hasta llegar a su más depurada versión del “desarrollo sustentable”.

Esta “*invención*”, es uno de los hechos históricos que en poco más de quinientos años ha conformado de forma preponderante la historia

de la llamada “cultura occidental”. Por ello, la “*invención*” de América desde la perspectiva eurocentrista, es, según nos revela Carlos Montemayor, uno de los grandes aciertos intelectuales de Edmundo O’Gorman: “la instancia que hizo posible, en el seno de la Cultura de Occidente, la extensión de la imagen del mundo a toda la tierra y la del concepto de historia universal a toda la humanidad” (Montemayor, 2001: 19) Asimismo, dio pie a que:

La arcaica noción del mundo como circunscrito a sólo una parcela del universo benévolamente asignada al hombre por Dios perdió su razón de ser y se abrió, en cambio, la posibilidad de que el hombre comprendiera que en su mundo cabía toda la realidad universal de que fuera capaz de apoderarse para transformarla en casa y habitación propia; que el mundo, por consiguiente, no era algo dado y hecho, sino algo que el hombre conquista y hace” (O’Gorman, 2004: 140).

Invención y no descubrimiento, como bien deslinda O’Gorman, pues no debemos confundir históricamente los hechos realmente acontecidos, con la interpretación o ideas que nos hacemos derivados de esos hechos. Ya que no es lo mismo descubrir al azar lo que no se está buscando, que proponerse una hipótesis y buscar los medios para comprobar experimentalmente su validez. El primero fue el caso de los viajes de Cristóbal Colón, pues lo que el Almirante sabemos que hizo, fue buscar una ruta hacia el extremo oriente del continente asiático y más aún, creyó haberla encontrado, descartando inclusive tras su cuarto viaje el supuesto de que existiera un “nuevo mundo” fuera del “*orbis terrarum*”, esto es, la noción de que el mundo era una sola “gran isla” que incluía África, Asia y Europa. Colón murió pues, persuadido de haber explorado ininidad de islas alrededor del litoral extremo de Zipango ó Japón. Y esto a pesar de los muchos empeños que su hijo Hernando Colón (Colón, 1992) hizo por ocultar o disimular este hecho

aparentemente incontrovertible; y en otra escala, Fernández de Oviedo, López de Gómara, Bartolomé de las Casas y muchos otros a continuación lo hicieron y lo siguen haciendo.

La tesis de O'Gorman consiste en deslindar entre los hechos derivados de la hazaña marítima de Colón en pos de encontrar una ruta nueva hacia las "Indias", para terminar "descubriendo" América por azaroso accidente. Estableciendo distancia de las muchas interpretaciones derivadas de esos hechos y proceder entonces a realizar una historia de la idea de la invención de América y no ya, de su impreciso y desde luego muy discutible "descubrimiento". Para los limitados propósitos de este trabajo, me propongo identificar sólo los principales factores que intervinieron en la construcción de una América inventada gradualmente por las culturas europeas, utilizando la figura de los "andamios" que temporalmente ayudan en la construcción de una obra arquitectónica y que al final son desmontados cuando se termina dicha obra. Los aspectos religiosos, culturales, económicos y políticos en la invención de América son abordados de esa manera a lo largo de este ensayo.

III. El andamiaje religioso en la construcción de América

Como resultado de una concepción sobrenatural y providencialista de la historia, argumentaron Bartolomé de las Casas, Bernardino de Sahagún y otros misioneros españoles, que Dios es la causa primera de la Historia y el hombre sólo un simple instrumento, por lo que el "descubrimiento" de América y su posterior conquista, fueron tan sólo designios divinos realizados por hombres elegidos para ese propósito (Colón y Cortés respectivamente), tarea en la que la voluntad divina se impone como encomienda y trasciende ineludiblemente a la voluntad

humana. Bajo esta interpretación de los hechos históricos, dice O’Gorman:

¿Qué más da si se trata de las Hespérides, de un fragmento de la isla Atlántida, de un Nuevo Mundo o de unas regiones asiáticas? ¿Qué más da lo que Colón o cualquiera piense al respecto? Dios no puede tener interés en los progresos de la ciencia geográfica. Lo decisivo es que Colón abrió el acceso a unas regiones de la Tierra repletas de pueblos a quienes es urgente predicar la palabra revelada y concederles la oportunidad del beneficio de los sacramentos antes de que ocurra el fin del mundo que las Casas estima inminente (O’Gorman, 2004: 28).

Para Bernardino de Sahagún es imperativo combatir el imperio del mal implantado por Luzbel, quien se ha impuesto con engaños para infundir en los naturales (“la satánica raza de los mexicas”) la idolatría e infidelidad heredada de sus antepasados, combatiéndola tenazmente nuestro singular franciscano con la prédica de la buena nueva que anuncia el fin del imperio satánico y el principio del reinado de Cristo, exhortando por ello a:

Vosotros, los habitantes de esta Nueva España, que sois mexicanos, tlaxcaltecas, y los que habitáis en la tierra de Mechuacan, y todos los demás indios, de estas Indias Occidentales, sabed que todos habéis vivido en grandes tinieblas de infidelidad e idolatría en que os dexaron vuestros antepasados, como está claro por vuestras escrituras y pinturas y ritos idolátricos en que havéis vivido hasta agora. Pues oid agora con atención, y atended con diligencia la misericordia que Nuestro Señor os ha hecho, por sola su clemencia, en que os a embiado la lumbre de la fe católica para que conozcáis que Él sólo es verdadero Dios, Criador, y Redemptor, el cual sólo rige todo el mundo, y sabed, que los errores en que habéis vivido todo el tiempo pasado, os tienen ciegos y engañados; y para que entendáis la luz que os ha venido, conviene que creáis y con toda voluntad recibáis lo que aquí está escrito, que son palabras de Dios, las cuales os embía vuestro rey y señor que está en España y el vicario de Dios, Santo Padre, que está en Roma, y esto es para que os escapéis de las manos del diablo en que habéis vivido hasta agora y vayáis a reinar con Dios en el cielo (Sahagún, 1990: 90).

Las creencias, ceremonias religiosas y en general la cultura de los indígenas le parecían a Sahagún pletóricas de supersticiones y diabólica crueldad como se dejaba ver, según el fraile, en sus “escripturas y pinturas” y porque tales ceremonias “son de suyo tan crueles que a cualquiera que las oyere le pondrán horror y espanto” (Villoro, 2005: 46).

Curiosamente este mismo misionero realizó un pormenorizado recuento de las características principales de las deidades, ceremonias, costumbres alimenticias y medicinales, oficios y prácticas agrícolas o comerciales de los mexicas, que lo han llevado a ser considerado paradójicamente como el precursor de la antropología en el Nuevo Mundo. Mientras que, curiosamente, sus descripciones son utilizadas también para demostrar el carácter “bárbaro” de los indígenas por la crueldad de sus sacrificios en hecatombes humanas y su no menos repulsiva antropofagia (Villoro, 2005: 154), así como la inmolación de niños y saña en los suplicios del trato a los cautivos (Villoro, 2005: 180).

La visión providencialista se revela en este pasaje de Sahagún:

También se ha sabido por muy cierto que nuestro Señor Dios (a propósito) ha tenido ocultada esta media parte del mundo hasta nuestros tiempos, que por su divina ordenación ha tenido por bien de manifestarla a la Iglesia Romana Católica (Villoro, 2005: 189).

Villoro comenta este pasaje al señalar con sutil ironía que:

Es, pues, la Divina Providencia la que revela al Nuevo Mundo; y en esta revelación de lo oculto, América entra dentro de los designios divinos abandonando las tinieblas del pecado y naciendo a la luz de la gracia. Tal parece que todo el sentido de la historia americana hubiera sido esperar a que Dios tuviera a bien tomarla en cuenta para sus universales designios (Villoro, 2005: 53).

Dios es el sujeto y motor de la Historia que les revela a los españoles católicos, exploradores y conquistadores, sus insondables deseos, haciéndolos instrumento de su divina voluntad. De tal manera, que la misión derivada de la visión religiosa de la época es un honroso encargo que resultará emblemático para la España de 1492, año, recordemos, en el que los reyes católicos logran culminar la expulsión de los moros tras la toma de Granada, último reducto de la centenaria ocupación árabe del sur de la península ibérica. El mismo año en que Cristóbal Colón zarpa en su primera expedición en pos de una nueva ruta asiática que permita recuperar el comercio de las especias. Francisco López de Gómara deja testimonio explícito de tal creencia: “comenzaron las conquistas de indios acabada la de moros, porque siempre guerreasen españoles contra infieles” (Montemayor, 2001: 20).

La guerra de conquista desde esta perspectiva sobrenatural resulta necesaria y acaso totalmente justificada, pues el conquistador es un instrumento de Dios que le permitirá la conversión de esos pueblos paganos al catolicismo. Pero también es un merecido castigo a los indígenas por sus innumerables pecados. Sólo la muerte de sus dioses y la destrucción de su civilización lograrán la expiación de tan nefandas culpas. De este modo, tenemos que, según esta visión de la historia, la misión del conquistador es una honrosa encomienda nada menos que por encargo divino.

IV. El andamiaje humanista en la construcción de América

La visión sobrenatural de la historia es la expresión tardía del espíritu medieval que contrapone las creencias religiosas al naciente espíritu racional y humanista acunado por el Renacimiento. Espíritu que paradójicamente se expresa también, aunque diametralmente opuesto,

en la misma "Historia" de Sahagún cuando, súbitamente, cambia su enfoque de lo sobrenatural a lo natural a partir del Libro VI, pues al tono condenatorio que se desprende de los cinco primeros libros, sigue un tono de reconocimiento que resulta favorable a los logros de la civilización mexicana. El título o exordio de este libro es de por sí elocuente en este sentido: "De la retórica y philosophia moral y teología de la gente mexicana, donde hay cosas muy curiosas tocantes a los primores de su lengua y cosas muy delicadas tocantes a las virtudes morales" (Sahagún, 1990: 421).

Este nuevo enfoque "humanista" para describir el perfil natural de los indígenas consiste en reconocerlos como semejantes, dice Sahagún: "pues es ciertísimo que estas gentes son nuestros hermanos procedentes del tronco de Adán como nosotros, son nuestros prójimos a quienes somos obligados a amar como a nosotros mismos, quid quid sit" (Villoro, 2005: 55).

Me parece importante aclarar el sentido de "humanismo" utilizado en este apartado, pues situándonos en los siglos XV y XVI podemos identificar acepciones distintas e incluso opuestas entre sí. Humanistas son Leonardo da Vinci, Pico de la Mirandola, Miguel Ángel y Giordano Bruno entre muchos otros, su humanismo estriba en el estudio y reconocimiento de los clásicos griegos y latinos, pero también en reconocer al hombre como centro del universo humano con incipiente independencia de la divinidad. Otro es el sentido al interior de la cultura hispana pues como señala con preciso tino Ramón Xirau: "el humanismo español tiende a vincularse a la necesidad de una reforma interior de la Iglesia; a una clara necesidad de vivir la vida cristiana más que interpretarla de manera abstracta" (Xirau, 1973: 11).

Es desde esta visión del humanismo, que el conocimiento derivado del trato prolongado, le permite a Sahagún apreciar con relativa equidad

a los indígenas, pues a pesar de la desigualdad de circunstancias puede valorarlos como a cualquier otro hombre, y de esta manera, reconocer también por añadidura sus habilidades y virtudes:

Vemos por experiencia ahora que son hábiles para todas las artes mecánicas, y las ejercitan; son también hábiles para aprender las artes liberales y la santa teología[...] cuan fuertes son en sufrir trabajos de hambre y sed, frío y sueño; cuan ligeros y dispuestos para cometer cualesquiera trances peligrosos. Pues no son menos hábiles para nuestro cristianismo, sino en él debidamente fueran cultivados” (Xirau, 1973: 56).

En este punto coinciden las ideas de Sahagún con las de Bartolomé de las Casas, aunque sabemos que en tantas otras desafortunadamente para los indígenas y para nuestra historia, tomarán distancia y aún llegarán a ser incluso antagonistas. Dice Las Casas en su Defensa: “En las artes liberales que les han sido enseñadas hasta ahora, tales como la gramática y la lógica, son extraordinariamente aptos. Con cualquier clase de música ellos halagan los oídos de su audiencia por medio de una maravillosa dulzura de sonido. Escriben muy habilidosamente y con bastante elegancia, de tal modo que muchas veces no sabemos si los caracteres están escritos a mano o impresos” (Hanke, 1974: 86).

Nuestra distancia cultural con esa época y la formación escolástica de Las Casas, junto con el caudaloso torrente de su prosa, no siempre dejan ver la singular mezcla de pasión crítica; aguda sensibilidad y vasta erudición a lo largo de su decidida y permanente defensa de los indios. Defensa preñada de indignación y compromisos de acción, de crítico y obcecado sarcasmo, aunado a valientes denuncias que le acarrearón innumerables enemigos y detractores a lo largo de la segunda mitad de su longeva vida. Me detendré en Bartolomé de las Casas abordando brevemente su vida y su pensamiento, para

identificarlo como uno de los precursores fundamentales de las ideas libertarias de autogestión, apoyo mutuo y conversación intercultural y convivencial, que podemos apreciar a la vuelta de cinco centurias de cultura mexicana.

Bartolomé de las Casas nació en Sevilla en 1472 o 74 según algunos de sus biógrafos, cursó estudios de latín, leyes y humanidades en su ciudad natal antes de partir hacia la isla de La Española en la expedición comandada por Nicolás de Ovando en 1502. De esta manera Bartolomé continuaba con una tradición familiar ya que su padre había participado en el segundo viaje de Colón.

En La Española obtuvo en poco tiempo un repartimiento, esto es, una encomienda de indios, con los que se dedicó desde el primer momento a la prédica pastoral, sin dejar, por supuesto, de ponerlos a trabajar para él, mientras concluía su formación sacerdotal, lo que ocurrió en 1510, por lo que se le considera como el primer sacerdote ordenado en América.

A pesar de que los postulados dominicos eran ya abiertamente contrarios a la institución de la encomienda debido a los múltiples abusos cometidos contra los indios por los españoles en esos primeros años de colonización, no bastaron, sin embargo, tales principios para cambiar la opinión de fray Bartolomé de las Casas, pues continuó defendiendo la vigencia de la encomienda los primeros años de su ministerio, beneficiándose, como tantos otros, de la explotación de los nativos.

Zarpa junto a Pánfilo de Narváez rumbo a Cuba, donde acepta el cargo de capellán militar, a cambio de lo cual recibió un buen repartimiento en el que se ocupaba "en mandar sus indios de

repartimiento en las minas a sacar oro y hacer sementeras, y aprovechándose de ellos cuanto podía"¹.

Gradualmente Bartolomé irá tomando conciencia autocrítica y distancia práctica y política con respecto a la institución de la encomienda, al sentirse definitivamente llamado por Dios para criticar la encomienda como injusta. Llegó a considerar que los únicos dueños legítimos del Nuevo Mundo eran los indios y que los españoles sólo debían acudir allí para ayudar a convertirlos. Este proceso de toma paulatina de conciencia motivará que renuncie a todas sus encomiendas e inicie una campaña por la defensa de los indios, denunciando y demostrando en su práctica política los diversos aspectos negativos de las encomiendas.

Su campaña de críticas y denuncias fue dirigida originalmente al rey Fernando y posteriormente al cardenal Cisneros, quien le nombró "protector de indios" en 1516. La muerte del rey y el cardenal motivará que fray Bartolomé tenga que reiniciar su tarea de crítica, denuncia y convencimiento con el nuevo monarca Carlos I. Los abusos de los funcionarios que fueron expuestos públicamente le valió la enemistad de numerosos administradores y encomenderos, especialmente de algunos de los miembros del Consejo de Indias presidido por el obispo Juan Rodríguez de Fonseca.

Las ideas formuladas por Las Casas se proponían la pacífica colonización de las tierras americanas a través de labradores y misioneros, mas no de soldados. Con este propósito, nuestro fraile, encabezó un grupo de colonizadores que en 1520 se embarcaron hacia América, en donde el rey Carlos I les concedió el territorio de Cumaná (ubicado en la actual Venezuela) para poner en práctica sus postulados.

¹ <<http://www.artehistoria.jcyl.es/historia/personajes/5682.htm>> [30 de junio de 2012].

Las propuestas lascasianas se enfrentaron con variados escollos derivados de la propia naturaleza humana, escollos que condujeron el experimento de colonización espiritual a un rotundo fracaso. Pues por la codicia “natural” de algunos de los colonizadores, que abusaban de los indígenas, éstos aprovecharon para efectuar su “natural” venganza durante una ausencia de Las Casas acabando con un buen número de los colonos. Se desató la “natural” espiral de la violencia, pues los colonos reaccionaron y fray Bartolomé escribió: “Y porque algunas veces, raras y pocas, mataban los indios algunos con justa razón y santa justicia, hicieron ley entre sí (los colonos españoles) que por un cristiano que los indios matasen habían los cristianos de matar cien indios” (Las Casas, 1984: 78).

El desastre del experimento de Cumaná motivó el ingreso de Bartolomé al claustro de la orden dominica, iniciando un periodo de retiro que duró dieciséis largos años. Este intervalo de tiempo no sirvió para acallar su indignación, por lo que sus críticas contra la encomienda y la esclavitud de los indios se fortalecieron y sus ánimos se redoblaron defendiendo el principio de que todas las guerras de conquista contra los indios eran injustas.

Este término o nombre conquista para todas las tierras y reinos de las Indias descubiertas y por descubrir, es término y vocablo tiránico, mahoméico, abusivo, impropio e infernal. Porque en todas las Indias no ha de haber conquistas contra moros de África o turcos o herejes que tienen nuestras tierras, persiguen los cristianos y trabajan de destruir nuestra sancta fe, sino predicación del Evangelio de Cristo, dilatación de la religión cristiana y conversión de ánimas, para lo cual no es menester conquista de armas, sino persuasión de palabras dulces y divinas, y ejemplos y obras de sancta vida. Y, por tanto, no son menester los condenados requerimientos que hasta agora se han hecho, ni esta negociación no se ha de llamar conquista, sino predicación de la fe y conversión y salvación de aquellos infieles que están aparejados sin tardanza alguna para recibir a Jesucristo por universal Criador, y a Su Majestad por católico y bienaventurado Rey; y este es su propio y cristiano nombre deste negocio de las Indias (Las Casas, 1966: 86).

Es necesario señalar, como un rasgo de humanidad, ¡ay! demasiado humana, que nuestro piadoso misionero estaba a favor de la esclavitud de los negros, llegando incluso a recomendar la sustitución de los indios por esclavos negros. Ironías de difícil comprensión para nosotros modernos demócratas igualitaristas. Solicitó Fray Bartolomé, infructuosamente en diversas ocasiones permiso a sus superiores para acudir a argumentar sus ideas ante el Consejo de Indias, pero el fracaso derivado de Cumaná le desacreditaba ante sus superiores y la deseada licencia sólo llegó tras de dieciséis años de insistencia, en los que sus ideas fueron tomando forma para dar cauce a sus primeros libros.

En 1535 partió hacia el Perú, pero su barco naufragó frente a las costas de Nicaragua, donde se enfrentó al gobernador Rodrigo de Contreras al denunciar el envío de esclavos indios al Perú. Al año siguiente se trasladó a Guatemala para continuar su predicación y poner en marcha un proyecto de conquista pacífica denominado de la "Vera Paz". Entre 1537-1538 se logró la cristianización de la zona de manera pacífica, sustituyendo la encomienda por un tributo pagado por los indios. Antecedente remoto este aunque bastante significativo de lo que empieza a llamarse "Municipalismo libertario" y que tiene, en nuestros días, de la primera década del siglo XXI, una expresión concreta en los municipios autónomos de las comunidades zapatistas en el estado mexicano de Chiapas.

Cuanto a las tierras descubiertas ya, pero no penetradas y que no se saben las gentes y secretos que en ellas hay, comiencense a convertir y a ganar por religiosos, con predicación y buenas obras y ejemplos, dándoles dádivas y dones de rescates (rescates) de parte de Su Majestad. Y después de quitado el horror y miedo que tienen de las crueldades e infamias de los cristianos, comenzarán a contractar los cristianos con ellos, por vía de rescates, comercio y contractación, y así cobrarán amor y amistad con ellos. Y

comenzando desde la más propinqua provincia o pueblo de cristianos esta conversión y predicación y pacificación, podrán, el tiempo andando, hacer pueblos de cristianos más adentro de la tierra, según la disposición y felicidad y riqueza hobiere en la tierra, hasta que se cundan y penetren todas las entrañas de la Tierra Firme y se traigan las gentes de ellas al cognoscimiento de su Dios y nuestro y a la subjeción y señorío de Su Majestad, según que más largamente dejimos en los remedios de ella (Las Casas, 1966).

En 1540 regresará a la península, pues estaba convencido de que era en la corte hispana donde se debía combatir y vencer la batalla a favor de los indios. Un par de años más tarde, el Consejo de Indias puede por fin escuchar los planteamientos de Las Casas, sus opiniones causaron una profunda impresión en el rey Carlos. Y fue posiblemente derivado por el convencimiento logrado por Las Casas, que el 20 de noviembre de 1542 se publicaron las "Leyes Nuevas" en las que se restringían las encomiendas y se prohibía la esclavitud de los indios. Sin embargo y a pesar de las innovaciones jurídicas que suponían dichas leyes, Las Casas censuró algunos de sus contenidos al considerarlas contrarias a sus principios. Por estas fechas concluyó su obra más importante: la brevísima relación de la destrucción de las Indias en la que acusa a los descubridores (inventores) del Nuevo Mundo de todo tipo de crímenes, abusos y atropellos. En su momento la obra fue tildada de escandalosa y exagerada por lo que no cumplió del todo con su objetivo: evitar la continuación de las conquistas. Sería publicada ilícitamente en 1552, alcanzando gran éxito a lo largo del siglo XVII para convertirse en una de las fuentes utilizadas en el desarrollo de la "Leyenda Negra" contra el imperio español.

Fué inducido yo, fray Bartolomé de las Casas o Casaus, fraile de Sancto Domingo, que por la misericordia de Dios ando en esta corte de España procurando echar el infierno de las Indias, y que aquellas infinitas muchedumbres de ánimas redemidas por la sangre de Jesucristo no perezcan sin remedio para siempre, sino que conozcan a su criador y se salven, y por

compasión que he de mi patria, que es Castilla, no la destruya Dios por tan grandes pecados contra su fe y honra cometidos y en los prójimos, por algunas personas notables, celosas de la honra de Dios e compasivas de las aflicciones y calamidades ajenas que residen en esta corte, aunque yo me lo tenía en propósito y no lo había puesto por obra por mis continuas ocupaciones. Acábela en Valencia, a ocho de diciembre de mil e quinientos y cuarenta y dos años, cuando tienen la fuerza y están en su colmo actualmente todas las violencias, opresiones, tiranías, matanzas, robos y destrucciones, estragos, despoblaciones, angustias y calamidades susodichas, en todas las partes donde hay cristianos de las Indias. [...]Después de escrito lo susodicho, fueron publicadas ciertas leyes y ordenanzas que Su Majestad por aquel tiempo hizo en la ciudad de Barcelona, año de mil e quinientos y cuarenta y dos, por el mes de noviembre; en la villa de Madrid, el año siguiente. Hizo las dichas leyes Su Majestad después de muchos ayuntamientos de personas de gran autoridad, letras y consciencia, y disputas, y conferencias en la villa de Valladolid, y, finalmente, con acuerdo y parecer de todos los más, que dieron por escrito sus votos e más cercanos se hallaron de las reglas de la ley de Jesucristo, como verdaderos cristianos, y también libres de la corrupción y ensuciamiento de los tesoros robados de las Indias. Los cuales ensuciaron las manos e más las ánimas de muchos que entonces las mandaban, de donde procedió la ceguedad suya para que las destruyesen, sin tener escrúpulo alguno dello (Las Casas, 1984).

En 1543 Las Casas rechazó el obispado de Cuzco pero admitió en cambio el de Chiapas donde el monarca español le encomendó la puesta en marcha de sus teorías. Fue consagrado obispo en Sevilla al año siguiente, partiendo a Chiapas. El recibimiento al nuevo obispo fue muy hostil por peninsulares y criollos, pues los colonos lo consideraban como el responsable de la publicación de las "Leyes Nuevas". Escribió entonces un "Confesionario" en el que advertía a los fieles católicos que, como requisito básico para la confesión, el confesado tenía que poner en libertad a los esclavos que poseyera. Esta medida motivó numerosos disturbios que lo obligaron en 1546 a marchar hacia México, donde continuó con la misma política. Sus doctrinas fueron rechazadas por una junta de prelados. Ese rechazo unánime motivó su último viaje partiendo de Veracruz con destino a la península, donde se retiró al convento de San Gregorio en Valladolid. En la ciudad castellana

tuvieron lugar, a lo largo de los años 1550-1551, las fundamentales discusiones sobre la legitimidad de la conquista entre Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda, saliendo victorioso en la práctica de la “real politik” éste último. Fray Bartolomé renunció a su obispado y falleció en Madrid en 1566, faltándole apenas unos pocos años para llegar a la centuria, aunque prácticamente nada para habitar en la inmortalidad.

El padre Las Casas no fue el primero ni el único de los humanistas hispanos que asumieron la defensa de los indios, aspecto que hay que reconocer y valorar como un rasgo importante de la cultura española de entonces, pues entre muchos otros, el dominico Antonio de Montesinos conmovió al Rey Católico, tanto como escandalizó causando gran alboroto entre conquistadores y colonos con sus memorables sermones en 1511. Les preguntaba Montesinos a sus contemporáneos: “¿Éstos no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis, esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos? Tened por cierto que, en el estado que estáis, no os podéis más salvar que los moros y turcos que carecen y no quieren la fe de Jesucristo” (Gallegos Rocafull, 1974: 102).

Tres son las consecuencias principales del quehacer humanista en este proceso histórico de inventar América, que propongo a partir de las señaladas por José M. Gallegos (Gallegos Rocafull, 1974: 107).

1. La separación del poder entre la iglesia, cuyo ámbito de dominio son las cuestiones espirituales, y el estado, que tiene injerencia sobre los aspectos naturales y materiales. De tal modo que se empieza a reconocer la soberanía de la autoridad civil frente a la eclesiástica, cada una en su propia esfera de competencia.

2. El desarrollo del derecho de gentes derivado de las prácticas naturales, que permiten establecer un pequeño contrapeso al derecho divino de los monarcas de imponer su voluntad e intereses sobre el resto de la población “por designio divino”, así como los primeros antecedentes de un código internacional entre las incipientes nacionalidades emergentes que apuntan hacia la conformación de futuros estados nacionales.

3. La defensa apasionada de los derechos de todo hombre por el mero hecho de serlo, antecedente de los derechos humanos universales de la época moderna, en particular en ese momento histórico en el que la libertad de creencias y de propiedad, así como la soberanía popular, no eran prácticas comunes. En palabras de Las Casas:

La razón desta verdad es, y pónela Tullio (Marco Tulio Cicerón) en el libro 1.º De Legibus: conviene a saber, porque todas las naciones del mundo son hombres, y de todos los hombres y de cada uno dellos es una no más la definición, y ésta es que son racionales; todos tienen su entendimiento y su voluntad y su libre albedrío como sean formados a la imagen y semejanza de Dios; todos los hombres tienen sus cinco sentidos exteriores y sus cuatro interiores, y se mueven por los mismos objetos dellos; todos tienen los principios naturales o simientes para entender y para aprender y saber las ciencias y cosas que no saben, y esto no sólo en los bien inclinados, pero también se hallan en los que por depravadas costumbres son malos; todos se huelgan con el bien, y sienten placer con lo sabroso y alegre, y todos desechan y aborrecen el mal, y se alteran con lo desabrido y que les hace daño (Las Casas, 1966).

V. Dominación, explotación y progreso

Los andamiajes utilizados para la construcción de una América inventada por las culturas europeas del siglo XVI se van entrelazando no sólo alrededor de las creencias religiosas y la evolución de las ideas humanistas y racionales, sino sobre todo en función de los intereses

materiales económicos y políticos que terminan imponiéndose brutalmente en un rango de acciones que va desde la asimilación resignada de los indígenas a la nueva cultura impuesta por los europeos, que al decir de Octavio Paz nos convierte en “hijos de la chingada”, hasta la guerra de conquista militar y cultural que desemboca en la dominación violenta y exterminadora de los pueblos y culturas que subsisten al capitalismo.

La visión providencialista de la Historia, establece que es la divinidad quien designa tanto el curso, como los protagonistas implícitos en su devenir, de donde tal interpretación resulta el mejor de los argumentos para justificar las guerras de conquista por designación divina y con el noble y piadoso fin de convertir a la fe católica a los indígenas repartidos y encomendados a los conquistadores. Es decir, se trata de la explotación del trabajo humano en el nombre de Dios, olvidando que cada uno es todo el género humano, como lo entendía el humanismo radical de Bartolomé de las Casas, ante la racionalidad práctica y la corrección política de Ginés de Sepúlveda y sucesores.

Tuvieron que pasar cientos de años de explotación colonialista para que en los imperios occidentales se dieran las condiciones de un pensamiento crítico que permitiera percatarse del carácter destructivo del progreso material, derivado de la explotación y dominación con fines de reproducción y acumulación de capital, ya no sólo en las colonias dominadas de ultramar, sino incluso en las propias metrópolis imperialistas europeas.

Jean Jacques Rousseau a mediados del siglo XVIII, en pleno auge del racionalismo progresista de la Ilustración, escribe su célebre *Ensayo sobre el origen de la desigualdad de los hombre*, publicado en 1754 y en el que formula una severa crítica al progreso, señalando que:

“nuestras almas se corrompen a medida que nuestras ciencias y artes avanzan hacia la perfección” (Bury, 1971: 166).

Rousseau centra su crítica al progreso en la propiedad de la tierra que se deriva a su vez del descubrimiento o invención de la agricultura. De tal modo que la desigualdad social y moral se origina en la iniciativa del hombre que por primera vez puso una cerca alrededor de un terreno y dijo: “Esto es mío”, y encontró gente tan simple e ingenua para creerle y someterse. Ese hombre fue el fundador de la sociedad civil, junto con las instituciones que la gobiernan.

Si la civilización corrompe a los hombres, como se desprende de la crítica demoledora en su tiempo y aún en nuestros días, se puede pensar entonces que la consecuencia lógica del pensamiento de Rousseau sería propiciar la destrucción de esa forma de vida, pero esa es una deducción equivocada en este caso, pues Rousseau, como buen progresista que era, creía en la educación y la democracia como las vías ineludibles para la perfectibilidad de los hombres y las sociedades.

William Godwin fue un escritor inglés profundamente influido por el pensamiento crítico de Rousseau. Pero a diferencia de su interlocutor suizo francés, Godwin creía, siendo consecuente con las conclusiones de la crítica a la desigualdad entre los hombres, que había que dismantelar toda forma de gobierno estatal como una condición para la equidad y perfectibilidad humana. “Látigos, hachas, patíbulos, mazmorras, cadenas y suplicios, son los métodos prescritos y en uso para persuadir a los hombres a la obediencia e imprimir en su mente las lecciones de la razón” (Joll, 1968: 27), escribe Godwin en su libro *Enquiry concerning Political Justice* (Estudio de la justicia política) publicado en 1793. Esta obra tuvo una importante influencia en las actividades políticas de los poetas Shelley (que fue su yerno) y

Coleridge, así como de posteriores autores en el mundo entero, continuadores de esta tradición del pensamiento político libertario.

Rousseau y Godwin son considerados como precursores en la tradición de la filosofía política del anarquismo, esta corriente que florece en el positivista y progresista siglo XIX, en pensadores tan diversos como Saint Simon, Robert Owen, Pierre Joseph Proudhon, Mijail Bakunin, Piotr Kropotkin, Max Stirner y León Tolstoi entre otros. Pero es un pensador singularísimo, (aún entre esta lista de muy singulares “santos y rebeldes”), quien formula la crítica más profunda y radical al progreso moderno y el Estado, Friederich Nietzsche define con lúcida precisión en un aforismo de un libro casi “póstumo” que publican sus amigos cuando él ya estaba en el abismo de la locura inhabilitadora o quizá de la extrema lucidez. “No es posible, es menester ir hacia adelante, es decir, avanzar paso a paso, adelantando en la decadencia, esta es mi definición del progreso moderno” (Nietzsche, 1976: 124).

Avanzar hacia la decadencia, con renovado empeño, parece ser un signo de los tiempos progresistas a partir del siglo XVIII, la voluntad de progresar es una condición de la cultura del desarrollo económico y urbano, tanto como del desarrollo de la ciencia y la tecnología, en esta vertiente del pensamiento progresista. Pensamiento vigente hasta hoy, en los albores del siglo XXI.

Ser progresista, es lo “políticamente correcto” en nuestros días, prueba de ello es que la unión de los partidos de izquierda en las recientes elecciones mexicanas de 2012 se llamó precisamente “Movimiento progresista”.

Ser progresista continúa siendo sinónimo del ejercicio de un pensamiento crítico, revolucionario y comprometido con la equidad y la justicia social. Sin embargo, la vieja concepción providencialista de la

historia, sigue permeando ciertas posturas progresistas de una izquierda miope o francamente ciega, que en sus anhelos de llegar al poder a toda costa, desconocen, o peor aún, olvidan deliberada y mañosamente las evidentes consecuencias desastrosas de un progreso fatalmente ecocida, y con ello revelan compartir en su ceguera pseudo crítica y deformadora, los anhelos progresistas de sus oponentes y adversarios políticos, al proponer el combate a la corrupción (de los otros), la atracción de inversiones (aunque manchen, pero que salpiquen), el exterminio de la pobreza (y de los pobres que no encajan en sus delirios justicieros y progresistas de privilegiar a todos), el fortalecimiento de la “seguridad” aumentando la generación de empleos de soldados y policías mejor entrenados para la represión y por supuesto mejor remunerados en tan loable tarea. Particularmente la generación de empleos se ha convertido en un slogan políticamente redituable, como lo demuestra claramente la administración de Felipe Calderón (2006-2012) que prometió ser el presidente del empleo y lo cumplió, si consideramos que será recordado históricamente, como “el presidente del empleo de la violencia” contra la nación mexicana.

Gabriel Zaid tiene razón al señalar que “Ningún progreso parece hoy más urgente que superar la ciega voluntad de progreso” (Zaid, 2004: 13). El progreso como simiente del desarrollo económico, está profundamente enraizado en la ideología dominante hecha carne de nuestra carne. El discurso del progreso, del desarrollo económico y el desarrollo urbano lo permea todo. Somos sus creyentes devotos por igual: los capitalistas y los socialistas, los empresarios y los obreros, los políticos y los universitarios, los católicos y los musulmanes, los curas y los científicos.

Cada uno de estos sectores modernos y progresistas podremos tener nuestras diferencias y enconos particulares, pero en lo que todos

parece que estamos de acuerdo, es en la “necesidad del desarrollo económico” o como propone el posmoderno *eco-establishment* del “desarrollo económico sustentable” (que no es sino la misma gata pero sustentada), como un medio para llegar a nuestras muy particulares versiones del progreso. Precisamente Octavio Paz apunta en un chispazo de lúcida visión poética y política que “la prisa por desarrollarse, por lo demás, me hace pensar en una desenfrenada carrera para llegar más pronto que los otros al infierno” (Paz, 1977: 22).

Esa profunda convicción por llegar más pronto que los otros al infierno, es la ciega voluntad implícita en nuestra cultura del progreso, ceguera que nos impide ver las enseñanzas de Gandhi, quien sabía predicar con el ejemplo al recomendar, que si realmente queremos combatir la miseria, debemos aprender a cultivar la pobreza, para aprender a decrecer la economía como expresión de la voluntad de poder. Cultivar la pobreza elegante y voluntaria como una práctica política de justicia social, urgente y efectiva. Requerimos aprender a valorar la riqueza de la pobreza. Reconocer a los pobres y a los indios como semejantes, y reconocernos en la conversación multicultural con los saberes de las tradiciones ancestrales. Para llegar a ser originales, requerimos saber volver a nuestros orígenes. Aho.

Bibliografía

- Bury, John (1971), *La idea del progreso*, Madrid: Alianza editorial.
- Colón, Hernando (1992), *Historia del Almirante*, Madrid: Dastin.
- Gallegos Rocafull, José M. (1974), *El pensamiento mexicano de los siglos XVI y XVII*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Gutenberg, Johannes, Universität Mainz. Disponible en:
<<http://www.staff.uni-mainz.de/lustig/texte/antologia/lascasas.htm>>.
- Hanke, Lewis (1974), *Uno es todo el género humano*, Gobierno del Estado de Chiapas.
- Joll, James (1968), *Los anarquistas*, Barcelona: Grijalvo.
- Las Casas, Bartolomé de (1984), *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Madrid: Cátedra.
- _____ (1966), *Apologética historia*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Montemayor, Carlos (2001), *Los pueblos indios de México hoy*, México: Planeta.
- Munford, Lewis (1981), *Técnica y civilización*, Madrid: Alianza.
- Nietzsche, Federico (1976), *Crepúsculo de los ídolos*, México: Editores mexicanos unidos.
- Nisbet, Robert (1991), *Historia de la idea de progreso*, Barcelona: Gedisa.
- O'Gorman, Edmundo (2004), *La invención de América*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Paz, Octavio (1968), *Corriente alterna*, Siglo XXI, México.
- Sahagún, Bernardino (1990), *Historia general de las cosas de Nueva España*, Madrid: Dastin.
- Xirau, Ramón (edición y prólogo) (1973), *Idea y querrela de la Nueva España*, Madrid: Alianza Editorial.
- Villoro, Luis (2005), *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México: El Colegio Nacional, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica.
- Zaid, Gabriel (2004), *El progreso improductivo*, México: El Colegio Nacional, Obras 4.

Braulio Hornedo Rocha. *De la ciega voluntad de progreso*

Braulio Hornedo Rocha: www.braulio-hornedo.com Arquitecto de la Universidad Nacional Autónoma de México www.arquitectura-ecologica.com y Doctor en Filosofía del Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos. Asesor de el Colegio Nacional (1988-2008), Academia Mexicana de la Lengua (1990-2002), Fondo de Cultura Económica (1986-1992), Rector en la Universidad Virtual Alfonsina (2008-2012) www.univirtual.mx. Líneas de investigación: tradiciones del pensamiento humanista mexicano siglo XIX www.humanistas.org.mx, el mito del progreso www.contraelprogreso.com. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: *Homero en Cuernavaca* (2009), *El mito del progreso* (2008) y *La Ilíada de Homero en Cuernavaca* (2005).